

III.—La Limagne

El ensanche del valle del Allier entre Clermont-Ferrand y Riom es célebre desde hace tiempo con el nombre de Limagne, y era en nuestra vieja Francia uno de los dos ó tres paisajes que nuestros padres tenían costumbre de ensalzar por su belleza tranquila y por su benéfica opulencia. No carece tampoco de cierto aire de grandeza, pues á derecha é izquierda se levantan majestuosas montañas y la llanura parece perderse en el infinito entre los árboles.

Involuntariamente acude á la memoria el recuerdo de la Alsacia, pero así el pensamiento como los ojos no tardan en despertar de esta ilusión. En efecto, no hay aquí un ancho foso abierto entre dos cordilleras simétricas, sino que entre los montes del Forez y la cordillera de los Puys el contraste es completo, á pesar de que unos y otra descansan sobre una parte del basamento arqueado atacado con una especie de predilección desde las más remotas edades por las dislocaciones y las fracturas. En ambas cordilleras se han abierto paso rocas eruptivas, pero en épocas y condiciones muy distintas, creando un modelo y aspectos profundamente desemejantes; de ello se ha resentido el valle del Allier, que menos que un valle es una serie de depresiones unidas por desfiladeros y cortadas por fallas. En Brioude, el río desemboca por vez primera en una cuenca espaciosa cuya altitud disminuye rápidamente hasta llegar muy pronto á ser inferior á 400 metros; pero esta primera cuenca se cierra en Issoire, en donde, entre las capas hundidas, se experimenta la sorpresa de encontrar nuevamente una punta granítica cuya reaparición súbita es un testimonio de los movimientos inversos engendrados en sentido vertical por los accidentes de la corteza terrestre.

El Allier roza este fragmento granítico y entonces es cuando al través de las colinas margosas á menudo coronadas de terromonteros basálticos, desemboca por fin en una llanura cubierta de aluviones y cuyo fondo se compone de margas, de arcillas y de arenas. Allí comienza la Limagne; las montañas se apartan y la presencia de las margas, depósito de los grandes lagos que anteriormente cubrieron una parte de la Cordillera central, sólo se manifiesta por la impermeabilidad del subsuelo y por los pantanos por ellas mantenidos.

El volcanismo ha transformado y vivificado el suelo; sus restos de toda especie, oleadas de diferentes edades, conglomerados y tobas, cenizas impalpables arrastradas por los vientos, han cubierto é impregnado simultáneamente estas superficies, saturándolas de los principios fertilizantes de que carecían y creando, merced al impulso que imprimieron en la vegetación, esta región de Limagne, célebre desde antiguo por su fecundidad.

De aquí que su estudio sea inseparable de la cordillera volcánica que ha transformado su suelo y de cuyas vertientes, repletas de aguas vivas, salen al contacto de las margas magníficos manantiales.

Las erupciones de basalto, de andesitos y de fonolitos que han edificado el Mont-Dore remóntanse, al parecer, á un pasado tan lejano como las del Cantal; sin embargo, á pesar de la altitud alcanzada por el Puy de Sancy, el volcán no tiene la amplitud ni la regularidad de su rival. Pero lo que le caracteriza, como caracteriza

también á la zona de los Puys que le sucede al Norte, es un renacimiento de actividad que ha persistido en alto grado hasta después del período húmedo de los climas cuaternarios y después de la extensión de glaciares y de la apertura de los actuales valles. Las aguas, interceptadas por los diques de oleadas de lava recientes, han formado lagos que abundan alrededor del Mont-Dore. No menos numerosos son los conos de erupciones, *Montcineyre, Tartaret*, etc., de donde surgieron corrientes de lava que colmaron los valles preexistentes; el tiempo no los ha disgregado y muchos de ellos subsisten todavía en estado de montones pedregosos, llamados *cheires*, que parecen recién salidos del orificio volcánico. Uno de estos *cheires* cierra el paso al Sioule cerca de Pontgibaud; otro surte á Volvic de las piedras de cantería que tantos materiales ha proporcionado á la antigua arquitectura auvernesa. Ciertas oleadas de lava se prolongan de una manera continua desde el zócalo granítico de donde salieron hasta el borde de la llanura, y bajo su caparazón permeable corren las aguas filtradas para reaparecer en Royat, Fontanás, etc., convertidas en magníficos manantiales que desde tiempo inmemorial señalaron el sitio de establecimientos humanos.

En ninguna parte de la región volcánica de la Cordillera es más intensa la impresión de fenómenos recientes: al pie del Puy de Gravenoire, nombre muy apropiado, las escorias parecen residuos de fábricas; el calor interno se manifiesta todavía por las fuentes termales y también, según las comprobaciones de varios sondeos, por un grado geotérmico anormal; el suelo palpita aún bajo la impresión de los fenómenos de que ha sido teatro, y de numerosas hendeduras sale el ácido carbónico que estimula la vegetación.

Lo que es una causa siempre nueva de asombro y de admiración en la línea de los 60 volcanes que se suceden hacia el Norte, á lo largo de las grandes fallas occidentales de la Limagne, es la frescura de las formas que parecen nacidas ayer. El Cantal y el Mont-Dore son ruinas y los *sucs* del Velay sólo presentan formas por decirlo así demacradas; en cambio esta serie de Puys, ora terminen en cumbres convexas, ora afecten el perfil de conos truncados, se mantiene, al parecer, tal como la moldearon las erupciones de lavas diversas, de arenillas y cenizas. El extraño conjunto, con sus siluetas características, agrúpase sobre el basamento de granito y cada Puy debe su nombre distinto á esta individualidad, no amortiguada por el desgaste de las edades. Después de haber visto alrededor del Mont-Dore y hasta en la entrada de la llanura de Limagne los rastros de aluviones y de bloques que los glaciares arrancaron de las laderas de los volcanes anteriores, las formas intactas de la cordillera de los Puys aparecen por comparación, como un indicio sorprendente de juventud.

Majestuosamente se alza entre todos ellos el Puy de Dome, aquel cuya cima, visible desde tan lejos cuando se viene del Norte, indica que allí está la Auvernia. Debe este Puy las hermosas líneas lisas y regularmente ascendentes de su perfil á la conservación de la envoltura de materias móviles que reviste la chimenea central, y á su lado los viejos volcanes parecen esqueletos descarados. Esta cumbre fué un sitio sagrado de la antigua Galia, uno de esos puntos conocidos y célebres en los cuales la imaginación resume la idea de una región en-

tera, y los emigrantes, al regresar á la patria, interrogaban al horizonte para divisarla. En el pedestal que lo sostiene brotan los manantiales y en el anfiteatro que se extiende á sus pies la vegetación es la de un jardín al cual faltan tal vez árboles.

Pero en este cuadro cuyo marco completan las cordilleras del Forez, la mirada se siente invenciblemente atraída por la espaciosa llanura que casi lo llena por entero. Desde lejos, todo parece desaparecer detrás de una inmensa cortina de sauces, de álamos y de árboles frutales; de cerca, es una taracea de pequeños campos de formas irregulares dedicados á diversos cultivos que se suceden sin interrupción, enlazados entre sí por estrechos senderos, más que suficientes para la circulación que el género de cultivo exige. Porque aquí todo se hace á fuerza de brazos: el hombre ha cultivado este pantano, aún no del todo desecado, no al modo como se cultivan las grandes llanuras agrícolas, sino como un jardín, y el azadón en forma de horca, seguido del arado primitivo, es el instrumento que ha transformado el pantano en terreno nutricional. Las casas ocupan poco espacio en este oasis del que ni un pedazo se desperdicia; la tierra y los brazos no están nunca ociosos. Lo que en otro tiempo se cultivaba allí preferentemente eran los cereales, trigo, cebada, avena, y otras plantas alimenticias como las habas y finalmente el cáñamo, hoy casi por completo desaparecido, que antiguamente crecía casi en todas partes en las inmediaciones de las viviendas humanas y que desde la Limagne era expedido á lejanas tierras, hacia el Loira y Nantes y aun, por acarreo, hacia los puertos del Mediterráneo. En esta región tan bien preparada para los cultivos, no se encuentran praderas, á pesar de la humedad del suelo y de la abundancia de aguas que parecen propicias á la cría del ganado: el aldeano de estas llanuras es un cultivador, no un ganadero, y la hierba es para él una enemiga, el parásito que usurpa el puesto á los cultivos alimenticios; tiene poca afición á la ganadería y entiende poco de ella; en cambio, ha hecho de su tierra una de esas maravillas que el cultivo con el azadón engendra, y que se ven en los alrededores de las grandes ciudades ó en China.

Hay casi siempre motivos para que nos asombremos cuando comprobamos las pequeñas dimensiones que en realidad tienen estas regiones cuya fama, sin embargo, llegaba hasta lejos: la verdadera superficie de la Limagne, que algunas veces ha sido inoportunamente exagerada, no excede de 600 á 700 kilómetros cuadrados, y corresponde á las partes de la llanura sobre las cuales se ha extendido la influencia fertilizadora de los materiales volcánicos, bastando apartarse 22 kilómetros hacia el Este y llegar al valle del Dore para que en el país y en los habitantes desaparezcan los caracteres típicos. La llanura que se extiende al Este de Lezoux, lo propio que la que se extiende al Norte de Gannat, estaba sometida, no hace aún mucho tiempo, al régimen de estanques artificiales lo mismo que la Dombes ó la Brenne, y nada tenía de común con la Limagne. La agricultura es la única industria que se practica en las pendientes que se desarrollan desde Clermont á Riom; en cambio, los torrentes procedentes de las anfractuosidades porfídicas de los montes del Forez han creado varios nidos de industria. La Limagne saca partido singularmente de los manantiales; en Thiers, por el contrario,

TOMO I

la fuerza y la pureza de las aguas corrientes son explotadas en las cuchillerías, algunas de procedimientos tan primitivos, que se escalonan á orillas del Durolle.

La Limagne se despeja hacia el Norte, en donde ningún relieve importante obstruye ya el valle del Allier, que se inclina por una pendiente graduada hasta el Bourbonnais y la confluencia del Sioule. Y sin embargo, el aspecto del país cambia por completo: los bosques de llanura son numerosos, y más allá de Gannat, la forma de las casas, el tipo del ganado y la pronunciación ó el patois de los habitantes, indican que nos hallamos en otra comarca.

Esta Limagne fértil, sinónimo de abundancia para las regiones más pobres entre las cuales está enclavada, introduce en el corazón de Francia las influencias procedentes de la Cuenca parisiense y atenúa hasta cierto punto el aislamiento de la cordillera. Entre la Limagne y el Val de Orleans, otra comarca de civilización precoz, existen relaciones antiguas, habiéndose observado en la arquitectura huellas de cambios recíprocos. Estas antiguas agrupaciones de población y de riqueza destacábase en otro tiempo más vigorosamente sobre el fondo general y ejercían una atracción tanto más eficaz cuanto que eran en pequeño número. La Limagne, que pagó más de una vez con invasiones y estragos su nombradía proverbial, inspiraba á nuestros Merovingios un sentimiento sólo comparable con el que una hermosa pieza inspira á un cazador; uno de ellos, Childeberto, manifestaba con un suspiro codicioso su deseo de volver á contemplar la «bella Limagne.»

Por esta razón sus rocas basálticas, sus terromonteros aislados, sus fragmentos de mesetas se erizaron muy pronto de *oppida* y de castillos fortificados: el de Montpensier vigilaba la entrada septentrional de la Limagne: Vic-le-Comte, al Sur, guardaba los pasajes de Issoire; y delante del hemicíclo que se abre al pie del Puy de Dome estaba situada Gergovia. Pero las grandes líneas de establecimientos humanos se constituyeron especialmente al pie de las colinas volcánicas: un cinturón de grandes aldeas, muy próximas unas de otras, sobre todo entre Clermont y Riom, se extiende siguiendo la línea de reaparición de las aguas filtradas debajo de la lava, y su aspecto de bienestar algo rudo indica el carácter profundamente rural de la comarca. Sin embargo, la vida urbana encuentra aquí condiciones más propicias que en la Alta Auvernia, habiendo echado sus primeras raíces en Clermont, al pie del Puy de Dome. En este anfiteatro de viñas y huertos calentados por los polvos volcánicos; en medio de la aparición de aguas termales y minerales y de fuentes vivas, en este paisaje en donde la naturaleza parece evocar del suelo la fecundidad bajo todas sus formas, la metrópoli de la Auvernia se nos presenta como hija de la montaña que junto á ella se alza y que indica su presencia.

CAPITULO IV

EL OESTE DE LA CORDILLERA CENTRAL Y LOS CAMINOS QUE CONDUCEN Á LA AQUITANIA

Al Oeste de la cordillera de los Puys, que en esta dirección señala el límite extremo de las acometidas volcánicas, el granito toma posesión del suelo y á la Auver-

XVII

nia sucede el Limousín. La altitud disminuye gradualmente, no habiendo allí ningún punto que llegue a una elevación de 1.000 metros, ni siquiera la meseta salvaje de Millevaches, especie de Highlands de la Francia central, con sus franjas de estrechos y hondos valles. El aspecto montañoso se atenúa y la región se modela cada vez más según un plano en el que las ondulaciones y las cumbres, en alternaciones regulares, alcanzan los mismos niveles. A partir del meridiano de Limoges, el nivel todavía desciende más y únicamente las redondeadas cumbres de algunas cordilleras aisladas, como los Montes de Blond y el Puy de Chalus, presentan todavía algunas eminencias de más de 500 metros. Cincuenta kilómetros más allá, hacia el Oeste, desaparecerán de la superficie las rocas primitivas; la Cordillera parecerá terminada y su prolongación subterránea hacia el Poitou sólo se revelará por algunas apariciones aisladas.

El vado ó pasaje que ha determinado la situación de Limoges es un punto hacia el cual han convergido los caminos naturalmente; en él se cruzaban la vía procedente de Auvernia y la que desde los centros galos de Bourges y de Argentón se dirigía hacia Périgueux y los valles del Sudoeste. Esta última vía de pueblos, muy antigua, seguramente anterior a la dominación romana, atravesaba en su extremo la Cordillera central en donde encontraba las antiguas explotaciones de estaño cuyas huellas subsisten todavía al Sur de los Montes de Blond (1). El número de los monumentos megalíticos atestiguan que el Oeste del Limousín era frecuentado en fecha muy remota, y aun parece que hayan seguido la dirección de este camino los rastros de población dolicocefala rubia que la antropología ha descubierto entre Bourges y Limoges.

Limoges, etapa necesaria en el cruce de las direcciones procedentes del Este y del Norte, punto de enlace de caminos que conducían a Saintes y al Océano, debió a su posición intermediaria una importancia precoz; fué una ciudad con vistas hacia el exterior, un foco de propaganda cristiana con San Marcial y un santuario célebre, meta de peregrinaciones, como Saint-Leonard, próximo a ella. Fué también un centro comercial en donde se establecieron colonias de comerciantes extranjeros, y en el arte original del esmalte, que le dió gran fama, en las construcciones romanas que en ella se levantaron y en la literatura de los trovadores, hallamos los indicios de una vida muy precoz, con recursos propios y cuya aparición nada tiene de común con las influencias que se dejaban sentir entonces al Norte del Loira. Esta vida floreció antes que la del Norte, pero también declinó cuando ésta comenzaba.

Estas obras de alta civilización expresan un grado avanzado de emancipación de las condiciones locales, una comunicación libre y antigua con el exterior, ventajas que en la Cordillera central corresponden solamente al extremo hundido de la región lemosina; pero era también preciso que en este extremo confinara la Cordillera con la región de gran circulación denominada el Umbral del Poitou.

Este umbral, como los pasajes que dan vuelta a la Bohemia de Oeste a Este y como el valle del Ródano,

(1) *Faury* (véase el mapa intercalado en la pág. xx).

es una de las articulaciones que establecen una comunicación entre el Norte y el Sur de Europa. Desde las llanuras de la Champaña hasta el valle del Loira y luego por el Vienne y el Clain hasta las mesetas calcáreas que surca el Charente, extiéndose una serie de comarcas en las cuales la circunstancia de estar los obstáculos reducidos al mínimo facilitó los movimientos de pueblos. En ninguna parte está tan abreviada la distancia entre el Loira y el Garona, pues el paso que conduce desde los risueños valles de la Turena a los de la Saintonge y del Bordelais se salva rápidamente, como lo salvaron los galos que desde allí marcharon hacia España y los que fundaron en Burdeos una colonia de biturigios. Hacia estas tierras de promisión se encaminaban también los helvetos en los comienzos de las campañas de César. De aquí que la posesión del umbral que domina las avenidas del Sudoeste ha sido siempre considerada como muy importante: los visigodos y los francos, los soldados de Carlos Martel y la avalancha berberisca procedente del Africa se lo disputaron, y en él se decidió entre franceses é ingleses la suerte de Aquitania y hasta la del reino. Las huellas de estas luchas han desaparecido, pero las señales de esta circulación tantas veces secular revélanse todavía por otros signos: en los primitivos tiempos, dólmenes en las mesetas ó campos fortificados en escarpados promontorios que dominan los ríos desde gran altura; más tarde, restos de vías romanas que con diversos nombres, *chaussades*, *chemins-boînes*, son utilizados todavía ó que viven en la memoria. Las estaciones que estas vías enlazaban han caído varias veces en la insignificancia; pero cuando esto sucede, la historia de este pasado parece revestir su forma suprema en la consagración religiosa unida a ciertos lugares: aquí se encuentran antiguos cementerios cristianos, allí existen monasterios que, como en Ligugé, se remontan a los primeros tiempos del cristianismo, ó santuarios famosos como Saint-Hilaire de Poitiers, tan venerados por los peregrinos de otro tiempo como Saint-Martin de Tours, Saint-Jean de Angely y Saint-Eutrope de Saintes.

En estas mesetas calcáreas interpuestas entre las cordilleras primarias del Limousín y las del Oeste, el pasaje no está concentrado, como en regiones de montañas, en un estrecho pasadizo que da lugar a un camino único; se trata de una zona de circulación de 70 kilómetros de ancho, por lo menos, en la que, como en el lecho de un gran río, las principales corrientes se dividen y cambian de sitio. La permanencia de los movimientos es lo que las distingue, habiendo sucedido allí a las vías romanas los caminos reales y luego los ferrocarriles. Pero así como hoy la vía principal se dirige desde Poitiers hacia Angulema, en otro tiempo el principal objetivo era Saintes. Desde Poitiers a Brioux, en donde se cruzaba el Boutonne, y luego a Aunay de Saintonge, extendíase la vía histórica que durante largo tiempo siguieron los peregrinos que se encaminaban a Santiago de Compostela y que todavía es conocido con el nombre de *camino de Santiago*. Desde aquellos lugares hasta los Pirineos, la mente se llenaba de recuerdos de Carlomagno, de Rolando, de Carlos Martel. En un relato potevino del siglo XII puede leerse la descripción de este camino cuyas etapas se contaban por santuarios y en el que además de los temas de edificación y de las

leyendas encontraban los viajeros ocasión de observar las diferencias de países y de pueblos. Después de las ricas tierras del Poitou se entra en Saintonge cuyo lenguaje parece «un poco rústico;» pero aun lo es más en la región bordelesa que, por otra parte, es «excelente en vinos y fértil en pescados.» Luego, al cabo de tres días de fatigas por las Landes, se traba conocimiento con la «tierra gascona» de la que se ensalza «el pan blanco y el vino tinto,» pero no a los habitantes.

Por allí se pusieron en contacto, durante siglos, los hombres del Norte con los del Sur, y en las corrientes que en aquel punto se cruzan, la del Norte es evidentemente la que prevalece. ¿Acaso los movimientos de los pueblos no ceden a la atracción de climas más benignos y de tierras más fértiles? El resultado de esta propensión natural es que los pueblos del Norte procedentes avanzan más allá de su antiguo dominio, y así mientras el Limousín conserva su lengua de oc, apenas mutilada al Norte hacia las Marches, la lengua de oil se adelanta hasta el Dordoña en Coutras y hasta el Gironde en Blaye. Una cadena de poblaciones y de dialectos emparentados se extiende por el Berry, el Poitou y la Saintonge, y los «gavaches,» como les denominan los gascones, penetran como una cuña en pleno Sudoeste. Las lenguas, en efecto, siguen los caminos: la mayoría de los límites lingüísticos que existen actualmente, en Bélgica y en Suiza como en el Tirol ó en Moravia, se coordinan según los caminos históricos que han implantado ó mantenido en su trayecto relaciones fuera de ellos abolidas. La aparición de la lengua de oil por el umbral del Poitou recuerda la del alemán por el Brenner. La correlación con los caminos es aquí tanto más sensible cuanto que la extensión de la lengua de oil se detiene, no como muchos dicen, en los linderos de los terrenos primitivos, sino en la zona de los bosques que, muy adentro de la Cordillera central, invaden las regiones limítrofes (1). En esas partes separadas de las vías la lengua de oil no ha llevado adelante su acción invasora.

Encuentro de lenguas y razas, cruzamiento de influencias procedentes del Norte, del Este y del Sur: tal es el carácter geográfico de la región. Ningún otro territorio de Francia ofrece mejor perspectiva para discernir de cuáles elementos profundamente diversos se compone nuestra personalidad nacional: los tipos humanos característicos del Sudoeste, dolicocefalos morenos de los valles del Dordoña, del Dronne y del Isle, contrastan allí de un modo preciso con las razas braquicéfalas de la Cordillera central y con aquellas otras que por el Berry y la Saintonge han empujado las últimas inmigraciones septentrionales.

Esta zona de mesetas calcáreas que se extiende entre

(1) Selva de *Braconne*; la *Double*, etc

el Loira y el Gironde se inclina hacia el Océano y fué puesta en relación con los Alpes y con Italia por los ingenieros romanos, los cuales, desde Lyon, aprovecharon las facilidades de pasaje que hacia el Forez se ofrecen para enlazar con la metrópoli de las Galias a Roanne, Vichy, Clermont, y para abrir una vía hasta Limoges por el valle del Sioule. En Lodeve, otra vía que se insinuaba por los valles de las Causse embestia la Cordillera central y llegaba a Rodez y Cahors y desde allí a Périgueux. Ambas vías principales iban a parar a Saintes, y frecuentadas aún mucho tiempo después de la dominación romana, fueron arterias de vida general.

Una vez en las mesetas calcáreas, nada más fácil que el acceso al Océano. A partir del umbral que divide las aguas del Clain y del Charente, las pendientes descienden rápidamente y hasta el Océano parece venir al encuentro del interior. En otro tiempo, penetraba hasta Niort un golfo cuyos contornos dibujan los aluviones marinos y que en gran parte existía en la época romana; y hasta el siglo XVI vemos descrita la depresión pantanosa por donde el Sevre se arrastra como una región anfibia frecuentada por la pesca y por la vida marítima.

El Charente, a su vez, cede a partir de Angulema a la pendiente general hacia el Oeste, y su corriente, en lo sucesivo más abundante, traza una vía navegable que estuvo siempre en actividad, a lo menos a partir de Cognac. En Saintes comienza este río a sentir la influencia de la marea; esa antigua ciudad situada en una suave colina, con sus conventos rodeados de grandes jardines y sus ruinas recuerda las ciudades de Provenza y de Italia en las cuales puso Roma su sello.

En efecto, aires procedentes de allende los Alpes fueron los que, al través de la Cordillera central, se dejaron sentir hasta en estas comarcas de la Saintonge. La atención se aparta de estas antiguas vías porque en el transcurso de los siglos han prevalecido otras relaciones; pero su importancia en el pasado es evidente. Las diferencias de civilización que en nuestra patria se observan entre el Norte y el Sur, son hijas en gran parte del hecho de haber conservado durante largo tiempo el Mediodía de Aquitania sus vías de acceso directo a las regiones transalpinas.

En el umbral de esta cuenca de Aquitania que baña el Garona y los Pirineos rodean, se advierten estas relaciones en el aspecto que la arquitectura religiosa revisita en Poitiers, Angulema y Périgueux. Las influencias bizantinas que en ella se dejan sentir llegaron indudablemente hasta allí por esos caminos que arrancando de Italia ó de Provenza penetraban, al través de la Cordillera central, en la región situada entre el Loira y el Garona, y por los cuales se transmitieron hasta el Océano algunos rayos lejanos de una civilización que brillaba todavía con vivos destellos cuando apenas comenzaba a despuntar la de Francia.